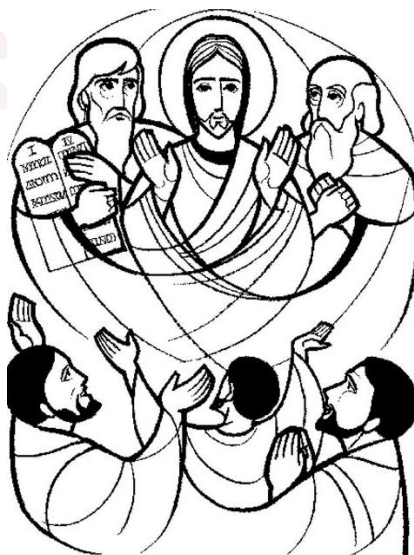




II Domingo de Cuaresma

(ciclo A)

01 de marzo de 2026



Notas exegeticas

La Cuaresma es como subir al monte y volver a bajar a la vida cotidiana. Es contemplación y misión. Es una luz que nos transforma y un envío que nos compromete.

Cada año, la Cuaresma es una invitación a emprender un camino interior que requiere esfuerzo y compromiso. Este camino consiste en dejar atrás seguridades, revisar lo que nos ata y escuchar de nuevo la voz de Dios que nos llama por nuestro nombre. El Evangelio de la Transfiguración, que siempre se proclama en este segundo domingo, aparece como un alto en el camino, un respiro luminoso que Dios nos regala. Subimos al monte para ver su gloria; bajamos para dejar que esa gloria transforme nuestra historia y la de aquellos que nos rodean.

Del libro del Génesis (12,1-4):

La confianza en Dios, base de la religión

El relato de la vocación de Abrahán manifiesta la promesa de Dios, que nunca abandonará a la humanidad. En Génesis 1–11 se ha presentado brevemente, con alardes literarios, el misterio de la humanidad en general, que gradualmente ha querido emprender un camino independiente del Creador. Si debemos reconocer que lo allí descrito no puede ser “historia pura”, la verdad de todo está en comprender que es necesaria de nuevo la mano de Dios para poner su obra creadora en conformidad con su proyecto de salvación. Por eso, Génesis 12 es tan significativo desde el punto de vista de la “historia de la salvación”. Dios siempre encuentra hombres o grupos para que su obra siga teniendo esa cualidad creacional buena.





Plan de Predicación

Si bien el proyecto salvífico de Dios ya se manifestaba en los capítulos anteriores, dicho proyecto no podía guardar silencio ante las acciones de los hombres; pero tal vez las cosas se presentan allí con cierta mentalidad pesimista. Ahora ese proyecto salvífico del Creador aparece de manera concreta con el “padre de los creyentes”, Abrahán. A este personaje, originario de la cuenca de los dos ríos de Mesopotamia, de Caldea, donde existía una cultura muy antigua, se le pide abandonar la tierra y los lazos de siempre, porque Dios quiere comenzar algo nuevo en un lugar menos deslumbrante. ¡Este detalle no debemos olvidarlo! De entre aquellos nombres oscuros y sin grandeza enumerados en las páginas precedentes del Génesis, surge Abrahán, y con él se manifiesta la virtud del creyente que se fía rotundamente de Dios y busca una luz nueva.

Salmo 32, 4-5. 18-19. 20 y 22

R/. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti

Dios ha prometido gratuitamente a Abrahán una bendición universal y definitiva: Él nos librará de la muerte si, como Abrahán, «esperamos en su misericordia».

De la segunda carta de san Pablo a Timoteo (1,8-10):

La pasión del evangelio como salvación

Pablo recomienda a su discípulo Timoteo que se haga cargo de la misión y vocación recibidas de parte de Dios: anunciar el Evangelio. El texto es hermoso y rico en conceptos del apóstol, tales como testimonio, fuerza de Dios, salvar, llamar, obras frente a gracia. El centro del mensaje es el llamado: “Toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios”. La fuerza o poder de Dios para salvar, manifestado en la muerte y resurrección de Jesús, nos llega a todos por medio del anuncio del Evangelio. El pasaje es un buen ejemplo del *kerygma* cristiano, de aquello que se debe proclamar con pasión y alegría al mundo entero.

Evangelizar, llevar semillas de esperanza a todos, es la tarea más arriesgada de un hombre o una mujer comprometidos con una comunidad. Por ello, anunciar el Evangelio no es relatar cosas o doctrinas carentes de sentido. Al contrario, como buena noticia que es — “fuerza de Dios para la salvación” —, el anuncio se da por medio del testimonio valiente y generoso de los bautizados. Eso, independientemente de nosotros y de nuestras obras, porque el plan de Dios es un propósito de gracia. Y ese plan tiene un nombre concreto, una historia que puede conocer toda la humanidad: Jesús de Nazaret, el Mesías cristiano, quien ha venido para destruir la muerte y el pecado y para darnos una esperanza nueva.





Siguiendo los pasos de Abrahán, debemos poner en ello toda nuestra “confianza”, porque tenemos, además, la garantía de Cristo.

Del Santo Evangelio según San Mateo (Mateo 17,1-9)

La filiación obediente de Jesús

Recordamos que cada año, en el segundo domingo de Cuaresma, leemos el relato de la Transfiguración. Este domingo corresponde leer el texto de Mateo. El relato mateano no se aleja mucho de su fuente, Marcos (9,2ss). Lucas (9,28ss), en cambio, se permite una autonomía más personal (la oración, por dos veces; tema tan importante en el tercer evangelista; y otros detalles, como cuando Moisés y Elías hablan de su “éxodo”). Para Marcos, es el momento de emprender el viaje a Jerusalén y este es el punto de partida; Lucas adelanta la escena antes de emprender de manera decisiva el “viaje” a Jerusalén (9,51ss). Por tanto, prestemos atención a lo que nos ofrece Mateo.

El relato incluye una voz divina que proclama la filiación de Jesús (17,5), casi idéntica a la de 3,17. Por lo tanto, es mejor considerar Mateo 17 a la luz del precedente de Mateo 3 (bautismo de Jesús) y de la estrecha relación entre Mateo 3 y 4. La única diferencia en la voz divina es la adición del imperativo “escúchenlo” en la frase: “Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escúchenlo”.

A pesar de la gloriosa visión de Jesús en la Transfiguración —que se refleja en la felicidad de Pedro, quien sugiere permanecer allí más tiempo y hacer tres tiendas—, Mateo 17,1-8 es similar a Mateo 16,13-23 en el sentido de que la filiación de Jesús se califica mediante el servicio en el sufrimiento (cf. Cesarea de Filipo). Esto se evidencia en la referencia a Isaías 42,1 en la voz que proviene de la nube. Para Mateo, el sufrimiento y la gloria no son antitéticos, sino complementarios.

El sufrimiento obediente de Jesús como Hijo de Dios se manifiesta también en su crucifixión (Mateo 27,32-54). En la cruz, al igual que en Mateo 4,1-11, Jesús es tentado tres veces con la provocación: “Si eres Hijo de Dios...”. Así, las correspondencias entre Transfiguración y Crucifixión encuentran coherencia en la afirmación cristológica compartida: Jesús es el Hijo de Dios. En Mateo queda claro que el sufrimiento de Jesús es parte integral de su obediencia filial.

En el Evangelio, Jesús ya ha sido presentado como Hijo de Dios, pero en Mateo 17,5 la declaración divina dirige a la audiencia al macrotexto del Evangelio para descubrir con más detalle quién es el Hijo de Dios: Jesús es el Hijo obediente. Tampoco debe pasarse por alto que, al igual que en 3,17, la referencia al siervo de Isaías se centra en el beneplácito divino





Plan de Predicación

en las acciones de Jesús. El punto significativo de la fusión de estos textos es la forma en que se ve la obediencia de Jesús en su sufrimiento, parte esencial de su filiación.

Al final, el trasfondo del Antiguo Testamento para el relato probablemente tenga un significado polivalente. Es difícil decir con certeza qué textos pudo haber entendido Mateo como trasfondo para la voz de la nube en 17,5. Es posible que Mateo tuviera en mente varios pasajes o el lenguaje bíblico en general. Se ha sugerido que Deuteronomio 32 podría considerarse una posibilidad, especialmente a la luz de la alusión a Deuteronomio 32,5 y 20 en Mateo 17,17, lo cual se ajusta a su interés en presentar a Jesús como el Hijo obediente en contraste con la desobediencia de Israel.





Pistas homiléticas

- **La fe que se pone en camino.** En este segundo domingo de Cuaresma hemos escuchado que la historia de la salvación comenzó con la obediencia de un hombre: Abrahán, el padre de los creyentes. A través de su obediencia todos hemos sido bendecidos. La voz que le ordena salir de su tierra y dejar a sus parientes no es la voz del hambre, ni del peso o del dólar, ni del miedo, ni de la aventura, ni de ninguna de las voces que nos invitan a viajar. Era la voz de Dios la que le ordenaba salir, la que le invitaba a la alianza, la que le hacía nuevas promesas.
- **La gracia que sostiene en la prueba.** La segunda lectura nos ubica en un contexto de dificultad. Pablo anima a Timoteo a no avergonzarse del Evangelio ni del sufrimiento que conlleva. La fe no es evasión, sino compromiso. Anunciar a Cristo implica cargar con la fragilidad propia y ajena, sostener la esperanza cuando todo parece oscuro. Hay quienes viven su fe recorriendo iglesias y santuarios, pero les cuesta vivirla comprometidos en su comunidad. Segunda de Timoteo subraya algo esencial: la vocación cristiana no nace de nuestras obras, sino de la gracia. Dios nos ha salvado y nos ha llamado desde la eternidad. Esa gracia se ha manifestado plenamente en Cristo, quien destruyó la muerte e hizo brillar la vida. La luminosidad de la Transfiguración anticipa esta victoria: la gloria que contemplan los discípulos es la misma que brotará del sepulcro vacío.

Timoteo, como cada uno de nosotros, experimenta miedo, cansancio y dudas. Pero la gracia no abandona. La Cuaresma es tiempo que Dios nos regala para reavivar el don recibido, pedir fortaleza y perseverar en la fe cuando no vemos resultados. La luz de Cristo, que resplandece desde la cruz, llena de sentido nuestra vocación para sembrar esperanza y cultivar la fe.

- **La luz que transforma para que cultivemos la fe.** En este domingo, prácticamente al comienzo de la Cuaresma, el Evangelio nos conduce a un monte de luz y de pocas palabras, donde Dios deja entrever la verdad más honda del ser de su Hijo. Moisés y Elías aparecen conversando con Él, como testigos de que Jesús es el cumplimiento de la Ley y los Profetas. Es un instante de claridad concedido a los discípulos, para que el escándalo de la cruz que se aproxima no apague del todo su fe, sino que puedan acogerlo, aunque sea por un momento, a la luz de la resurrección prometida.





La escena está cargada de símbolos: la montaña, la nube luminosa, la voz del Padre. Todo indica que estamos ante una teofanía, una manifestación de Dios. El relato incluye una voz divina que proclama la filiación de Jesús (17,5), casi idéntica a la de 3,17. Pero el centro no es el resplandor, sino la palabra: “Este es mi Hijo amado... escúchenlo”. La fe cristiana nace de la escucha (cf. Rom 10). Escuchar a Jesús es dejar que su palabra ilumine nuestras sombras, cuestione nuestras seguridades y transforme nuestros criterios.

- **La fe y la verdad en el magisterio de Nicea.** El bautismo, la Transfiguración y la crucifixión son tres instancias de revelación relacionadas con la filiación divina en la cristología de los sinópticos. Habiendo celebrado recientemente el aniversario del Concilio de Nicea, cobra importancia leer el segundo artículo del Credo Niceno: “...Y en nuestro Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, que proviene del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre...”. La noción del “Hijo eterno” es clave en cristología, pues une la preexistencia de Cristo, su vida terrenal y su exaltación en la eternidad. Esto implica que Jesús no vino “para ser” divino, como sostiene la idea adopcionista, sino que vino de Dios y es Dios. Así entendieron los primeros cristianos la relación de Jesús con Dios, su Padre: como una realidad divina intrínseca y personal.
- **La Cuaresma es subida al monte y bajada a la vida.** La Cuaresma es contemplación y misión. Pedro quiere quedarse allí. Es comprensible: todos guardamos momentos de oración, de consuelo, de claridad, en los que sentimos que Dios está cerca. Pero Jesús no permite instalarse en la experiencia. La luz del monte no es para quedarse, sino para bajar y afrontar la realidad. La Transfiguración no evita la cruz; la ilumina desde dentro.

El gesto final de Jesús: se acerca, toca a los discípulos y les dice: “Levántense, no tengan miedo”. La Cuaresma es ese tiempo en el que Dios nos toca para levantarnos de nuestras postraciones: miedos, culpas, cansancios, heridas. La luz de Cristo no humilla, sino que sana; no deslumbra, sino que revela; no aplasta, sino que levanta.

- ¿Cuál es la invitación de la Palabra? La Transfiguración nos invita a revisar qué impide que la luz de Dios brille en nuestra vida. ¿Qué sombras necesitan ser ofrecidas? ¿Qué apegos o mezquindades nos impiden caminar? ¿Qué miedos nos paralizan y nos impiden lanzarnos a la misión?

La fe madura cuando aprendemos a discernir su presencia en todo. Comprender la Cuaresma como una subida al monte y bajada a la vida es contemplación y misión; es





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



Plan de Predicación

una luz que transforma y un envío que compromete. Dios nos dice hoy, como a Jesús:
“Tú eres mi Hijo amado”. A partir de esta certeza, sigamos caminando hacia la Pascua.





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Bienvenidos, hermanos, a nuestra celebración dominical. La Cuaresma sigue su curso y nosotros, como una sola familia, venimos al encuentro con Dios. En la Eucaristía hacemos la experiencia con Cristo, que nos inunda con la luz de su Palabra y comparte con nosotros el pan eucarístico que garantiza nuestra participación en su gloria. Que esta celebración avive nuestra fe en su divinidad y nos haga crecer en la comunión eclesial.

Monición a las lecturas

Como Abraham, también nosotros salimos de nuestra casa para venir al encuentro con el Señor y con los hermanos. Con el apóstol, nos sentimos llamados según el designio de Dios, que nos salvó por medio de su Hijo y nos ha dado a conocer su Evangelio. Con el Señor glorioso, que manifiesta su divinidad a un grupo pequeño de sus seguidores, comprendemos que hay que pasar por la cruz para llegar a la gloria. Dispongámonos a escuchar la Palabra del Hijo amado del Padre.





Oración de fieles

Presidente: Hermanos y hermanas, con la confianza puesta en Dios, que se nos revela en su Hijo amado y nos anima a cargar la cruz, presentémosle nuestras necesidades, anhelos e ilusiones diciendo:

R./ Oh Señor, escucha y ten piedad.

1. Por la Iglesia universal, para que, con su testimonio, ilumine a todos los hombres con la Buena Noticia de la salvación en Cristo. Oremos.
2. Por nuestros gobernantes, para que sean iluminados por la luz de Cristo y trabajen por el bienestar, la reconciliación y la paz de todos los pueblos. Oremos.
3. Por quienes sufren de cualquier modo y desesperan ante situaciones de angustia y preocupación, para que experimenten la solidaridad y la cercanía de Cristo en nosotros, sus discípulos. Oremos.
4. Por nosotros y por nuestras comunidades parroquiales de la Arquidiócesis de Bogotá, para que crezcamos en la fe y en el conocimiento del Evangelio, y podamos ser testigos de Cristo, el Señor, a quien leemos y escuchamos. Oremos...
5. Por todos nuestros difuntos —familiares, parientes, benefactores y amigos— para que contemplen ya la luz de la gloria que el Señor Jesús mostró a sus discípulos en el monte Tabor. Oremos...

Presidente: Padre misericordioso, acoge la oración de tu Iglesia penitente y concédenos por tu bondad lo que con fe te pedimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.





II Domingo de Cuaresma

Ciclo A
01 de marzo

Claves de reflexión

1. Acompañar

En este segundo domingo de Cuaresma la Palabra de Dios nos muestra algo muy especial: Dios nos llama a caminar con Él y nos deja ver su luz. En la primera lectura, Dios llama a Abraham a salir de su tierra y confiar. No le muestra todo el camino, pero sí le promete estar con él. Abraham cree, confía y se pone en marcha. La fe comienza muchas veces así: dando un paso sin verlo todo, pero confiando en Dios. En el Evangelio, Jesús lleva a tres discípulos a la montaña y allí se transfigura: su rostro brilla y sus vestidos se llenan de luz. Es como si, por un momento, dejara ver quién es Él en lo más profundo: el Hijo amado del Padre. Los discípulos se asombran y sienten paz. En la Cuaresma, Jesús también nos invita a «subir la montaña»: buscar momentos de encuentro, de silencio y de oración para cultivar la fe y aprender a reconocer su luz.

2. Motivar

La voz del Padre en el Evangelio dice: *«Este es mi Hijo amado... escúchenlo»*. Ese es el corazón del camino cuaresmal: aprender a escuchar a Jesús. Escucharlo cuando leemos el Evangelio, cuando oramos, cuando alguien nos aconseja para hacer el bien, cuando la conciencia nos habla por dentro. San Pablo nos recuerda que Jesús nos llama y nos da fuerza para no tener miedo de vivir como creyentes. La fe no es solo saber cosas de Dios, es confiar, caminar y sostenerse en su amor, incluso cuando cuesta. Cultivar la fe es como cuidar una planta: necesita tiempo, cuidado, agua y luz. Nuestra fe crece cuando oramos, escuchamos la Palabra y confiamos en Dios cada día.





3. Retar

Jesús nos muestra su luz para fortalecer nuestro corazón y ayudarnos a seguir caminando con confianza. La fe se cultiva a través del encuentro con Jesús, cuando buscamos momentos para escuchar al Señor.

¿Qué necesitamos para escuchar al Señor? Hay varias cosas, una de las más importantes es hacer silencio para dirigir nuestra atención —con todos nuestros sentidos— a la voz de quien nos habla. Ahí está el reto, porque no siempre es fácil acallar las voces de nuestro interior, sobre todo cuando estamos alterados por algún motivo o cuando no nos sentimos bien con quien nos habla.

Para lograr el silencio y la escucha contamos con el mejor consejero, el Espíritu Santo de Dios, que siempre está dispuesto a ayudarnos.

Busca durante esta semana un momento de silencio y lee con tu familia un pequeño texto del Evangelio. Después di en tu oración: “Jesús, quiero escucharte”.

Elige una decisión concreta de confianza: obedecer mejor, no rendirte tan rápido o hacer el bien, aunque cueste.





II Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, llegamos al segundo domingo de la Cuaresma, un camino para acercarnos más a Jesús y cultivar nuestra fe. Hoy veremos cómo Jesús muestra su luz a sus amigos en la montaña. Dispongamos el corazón para escucharlo y dejarnos guiar por Él.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios de hoy nos habla de llamado, de confianza y de luz. Veremos cómo Abraham confía y se pone en camino con la certeza de que Dios cuida a quienes esperan en Él, tal como nos lo recuerda el salmo, y cómo Jesús se transfigura mostrando su gloria. Escuchemos con atención: Dios quiere hablarnos al corazón.





Oración de fieles

Presidente: Presentemos nuestras peticiones a Dios Padre, que nos llama a confiar y a caminar en su luz. Digamos:

R/. Padre, escucha nuestra oración.

1. Por el Papa León y toda la Iglesia, para que ayuden al pueblo de Dios a escuchar a Jesús y a crecer en la fe durante este tiempo de Cuaresma. Oremos.
2. Por los gobernantes, para que trabajen con honestidad y busquen el bien y la paz para todos. Oremos.
3. Por las familias, para que encuentren momentos de oración y escucha de la Palabra en su vida diaria. Oremos.
4. Por los niños y niñas, para que aprendan a confiar en Dios como Abraham y a seguir la luz de Jesús. Oremos.
5. Por quienes viven momentos de miedo, duda o tristeza, para que el Señor los fortalezca con su esperanza. Oremos.
6. Por nuestra comunidad, para que subamos con Jesús a la montaña de la oración y cultivemos una fe firme y alegre. Oremos.

Presidente: Padre bueno, recibe estas súplicas y ayúdanos a escuchar a tu Hijo amado y a caminar siempre en su luz. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

